EL CHIQUITIN

EL CHIQUITIN

Lemonnier había quedado viudo con un hijo. Amó locamente á su mujer, con amor exaltado y tierno, durante sus años de vida común. Era un buen hombre, un buenazo, sencillo, sin desconfianza y sin malicia.

Se enamoró de una vecina pobre, la pidió en matrimonio y se casó con ella. Tenía un comercio de pañería, que le producía buenas ganancias; pero pensó que la chica le quería por sí mismo.

Le hizo feliz; porque él no pensaba más que en ella; sólo á ella veía, y la miraba con ojos de adorador ferviente. Durante las comidas cometía mil torpezas para no apartar la mirada del rostro querido. Vertía vino en el plato y agua en el salero, y luego se echaba á reir como un niño, diciendo:

—Te quiero demasiado, chica; cometo mil torpezas.

Ella sonreía con expresión resignada y luego desviaba la mirada, como aburrida de tanta adoración, y procuraba hablar de cualquier cosa; pero él le cogía la mano y la guardaba entre las suyas, murmurando:

—¡Querida Juanita, Juanilla mía!

Ella acababa por impacientarse, y decía:

—¡Ea, sé razonable! Come, y déjame comer.

El lanzaba un suspiro y comía lentamente dos ó bocados.

Durante cinco años no tuvieron hijos. Luego, de pronto, quedó preñada. Fué una dicha delirante. No la abandonó un momento durante la preñez; de modo que la criada, una antigua criada que le tuvo en brazos cuando niño y que tenía cierta autoridad en la casa, á veces le echaba á la calle y cerraba la puerta para obligarle á pasear.

Tenía íntima amistad con un joven que conocía á su esposa desde la niñez y que era subjefe de negociado en Gobernación. El señor Duretour comía tres veces á la semana en casa de Lemonnier, traía flores á la señora, y, á veces, un palco para el teatro. A menudo, á los postres, Lemonnier se volvía hacia su señora, y exclamaba enternecido:

—Con una compañera como tú y un amigo como él, se es feliz por completo en este mundo.

Juana murió de sobreparto. Por poco se muere su marido; pero el niño le dió valor para continuar viviendo.

Le quiso con amor apasionado y doloroso, con amor enfermizo, donde palpitaba el recuerdo de la muerta y quedaba algo de su adoración por la difunta. El niño, era carne de su mujer, su sér mismo; algo así como una quinta esencia de ella. Aquel niño era su vida misma que renacía en otro cuerpo; ella había desaparecido para que el chiquitín existiese. Y el padre le besaba con furor. Pero el niño la había matado, había robado aquella existencia adorada; había absorbido todo su fluido vital para entrar á su vez en el mundo.

El pobre hombre se sentaba cerca de la cuna del niño, y le contemplaba horas y horas, pensando en mil cosas tristes y consoladoras á un tiempo. Luego, cuando el pequeñín dormía, se inclinaba hacia él y lloraba silenciosamente.

⁂

Creció el niño. Su padre no podía pasar una hora separado de él; rondaba en torno suyo, le paseaba, le vestía, le daba de comer. Su amigo Duretour parecía querer también al niño y le besaba á veces con esos arranques de ternura que sólo tienen los padres. Le hacía saltar sobre sus rodillas y de pronto, derribándole hacia atrás, le daba azotitos en las nalgas regordetas, y pellizcos en los muslos, lo cual provocaba furiosas protestas por parte del niño. El buen Lemonnier, encantado, decía:

—¡Qué lindo es! ¡Qué lindo!

El señor Duretour estrechaba al niño entre sus brazos, haciéndole cosquillas con el bigote en la cara.

Unicamente Celeste, la vieja criada, no parecía

sentir la menor ternura por el niño. Le enfadaban sus diabluras y parecían exasperarle los mimos de los dos hombres. A veces exclamaba:

—¡Vaya un modo de educar á un muchacho! ¡Buen camastrón va á ser!

Pasaron años. Juan cumplió nueve. Apenas sabía leer, pues hacía sólo su santa voluntad. A lo mejor se enfadaba de un modo descompuesto. Su padre cedía siempre. El señor Duretour compraba y traía juguetes nuevos y el chico sólo se mantenía de dulces.

Celeste gritaba entonces:

—Es una vergüenza, señor, es una vergüenza. Causará usted la desgracia de este niño ¿oye usted? Esto tiene que terminar; sí, señor; tal como suena; y antes de poco.

Lemonnier respondía sonriendo:

—¡Qué quieres, mujer! Le quiero demasiado; no sé oponerme á sus deseos; haz como yo.

***

Juan estaba débil, enfermizo. El médico ordenó mucho hierro, mucha carne y mucha grasa.

Pero el chiquitín no quería más que dulces y pasteles; y su padre, desesperado, le atiborraba de tortas, de crema y de pastillas de chocolate.

Una noche, al sentarse á la mesa, Celeste trajo la sopera con un aire de autoridad no acostumbrado. La destapó bruscamente, hundió el cucharón en la sopa y declaró:

—He aquí un caldo magnífico; es preciso que el chiquillo se lo trague.

El señor Lemonnier, asustado, bajó la cabeza. Adivinó que aquello acabaría mal.

Celeste le llenó el plato y le invitó á probar la sopa.

Efectivamente estaba muy buena y así lo declaró el buen hombre.

Entonces la criada cogió el plato del niño y le puso un poco de sopa. Luego retrocedió dos pasos y esperó.

Juan olió la sopa, rechazó el plato y soltó un «puah» de repugnancia. Celeste se acercó bruscamente y, cogiendo la cuchara, la llenó y la hundió á la fuerza en la boca entreabierta del muchacho.

Este se atragantó, tosió, estornudó, escupió y chillando cogió el vaso y se lo tiró á la criada. Le tocó en la barriga. Entonces, exasperada, cogió bajo su brazo la cabeza del arrapiezo, y empezó á verterle cucharadas de sopa en la boca. Las vomitaba una tras otra, pateaba, se retorcía, se ahogaba y se puso colorado de un modo horroroso.

Su padre quedó de tal modo sorprendido al principio, que no se movió siquiera; pero luego reaccionado se precipitó sobre la criada, la cogió por la garganta y la arrojó contra la pared gritando:

—¡Fuera, fuera estúpida!

Pero ella le rechazó de un empujón y colérica, despeinada, gritó:

—¿Se ha vuelto usted loco? ¿Quiere usted pegarme porque hago comer á ese mocoso, á quien va usted á matar con sus mimos?

Lemonnier repetía temblando de pies á cabeza:

—¡Fuera...! ¡vete, vete estúpida!

Entonces ella enloquecida le miró fijamente y le dijo con ronco acento:

—¡Ah!... ¿cree usted... cree usted que va usted á tratarme de esta manera, á mí, á mí...? ¡Ah! ¡No...! ¿Y por quién? Por ese chiquillo que no es siquiera su hijo... No... no es de usted... ¡no, no! ¡No es de usted! ¡No es de usted!... Todos lo saben, todos, menos usted... Pregúnteselo al droguero, al panadero, al carnicero, á todos, á todos...

Tartamudeaba colérica; luego se calló y quedó mirándole.

El había quedado inmóvil, pálido, con los brazos colgando. Al cabo de unos momentos, balbuceó con voz extinta, temblorosa, en la que se notaba una emoción formidable:

—¿Qué dices...? ¿Qué dices...? ¿Qué es lo que dices...?

La mujer calló, asustada por la expresión de su cara. Lemonnier dió un paso y repitió:

—¿Qué dices...? ¿Qué es lo que dices?

Entonces ella contestó con acento tranquilo:

—¡Pardiez! digo lo que sé, lo que todo el mundo sabe.

Lemonnier levantó las manos y lanzándose hacia ella, con impulso violento, trató de derribarla. Pero la criada era fuerte y ágil á pesar de sus años. Se escurrió de entre sus brazos y, corriendo en torno de la mesa, enfurecida otra vez, vociferaba:

—Mírele, mírele ¡tonto! Vea si no es el retrato del señor Duretour; mírele la nariz, los ojos, el pelo. ¿Los tiene usted así? ¿Los tenía así ella? Digo lo que todo el mundo sabe; todos menos usted. Es usted la befa de la ciudad... ¡Mírele...!

Pasaba en aquel instante por delante de la puerta; la abrió y desapareció.

Juan, asustado, permanecía inmóvil, ante el plato de sopa.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

*
* *

Al cabo de una hora volvió despacito para ver. El niño después de comer los dulces y las compotas, se comía la confitura que había en un gran tarro.

El padre no estaba allí.

Celeste tomó el niño, lo besó, y con paso silencioso lo llevó á su cuarto y lo acostó. Volvió al comedor, quitó la mesa y arregló la habitación, muy inquieta.

No se oía ningún ruido en la casa, ninguno. Fué á escuchar á la puerta de su amo. No se oía ningún rumor dentro del cuarto. Miró por el ojo de la llave. Lemonnier escribía muy tranquilo.

Entonces volvió á la cocina, dispuesta á evitar si era posible lo que pudiese ocurrir.

Se durmió en una silla, y no se despertó hasta que ya era de día. Arregló la casa como de costumbre; barrió, quitó el polvo y, á las ocho, preparó el café para el señor Lemonnier.

Pero no se atrevía á llevárselo á su amo temiendo ser mal recibida; y esperaba que llamase.

No llamó. Las nueve, las diez; nada.

Celeste, asustada, preparó la bandeja y fué hacia la habitación de su amo. Se detuvo ante la puerta, escuchó. Nada se oía. Llamó; no contestaron. Entonces, reuniendo todo su valor, abrió, entró, y luego, lanzando un alarido terrible, dejó caer el almuerzo.

El señor Lemonnier estaba ahorcado en el centro de la habitación. La lengua le salía horrorosamente. El zapato derecho había caido al suelo, el izquierdo lo conservaba en el pie. Una silla tirada, había rodado hasta la cama.

Celeste, despavorida, huyó chillando. Acudieron todos los vecinos. Un médico declaró que la muerte debió ocurrir á media noche.

Una carta, dirigida al señor Duretour, estaba sobre la mesa del suicida. Sólo contenía estas palabras:

«Le dejo y le confío el niño.»